

# a un 'padre'



Con Rodríguez Bolaños y otros militantes de Valladolid. :: P. CACHO



En Valdunquillo, con candidatos independientes. :: EL NORTE



Fernando Altés y Santiago J. Sáiz le acompañan en una cena. :: P. CACHO



Maribel Rodicio, de El Norte, le entrevista en enero de 1979. :: P. CACHO

ENRIQUE BERZAL  
HISTORIADOR

## PRESTIGIO PARA EL PSOE



**A**ún son muchos los que se preguntan por qué Gregorio Peces Barba, madrileño nacido en 1938, hizo de Valladolid su principal feudo político durante la Transición. ¿Qué pintaba en la ciudad del Pisuerga uno de los más destacados representantes del socialismo madrileño y, por ende, nacional?

La respuesta hay que buscarla, precisamente, en la situación del socialismo vallisoletano a principios de los años 70, así como en la estrategia del propio partido de darse a conocer y extenderse entre la masa obrera más importante de la ciudad.

En plena fase de reconstrucción organizativa, algunos de los líderes más representativos del PSOE de Valladolid, abogados de profesión, interpretaron los conflictos laborales desatados con fuerza en FASA a partir de 1972 como una oportunidad de oro para impulsar el partido y la UGT entre los trabajadores de la factoría, así como para darse a conocer en la sociedad vallisoletana del momento.

Entre aquellos letrados, algu-

nos de ellos laboristas, se encontraban Manuel Conde del Río, Antonio Pérez Solano y Juan Colino. Como señala este último, «en aquel momento, años 1974-1975, necesitábamos abogados de prestigio para la defensa de los despedidos de FASA, y uno de ellos era, sin duda, Peces Barba, muy conocido pues había actuado, por ejemplo, como defensor de los encausados en el Proceso de Burgos». Junto a él actuaron en los conflictos de FASA otros profesionales no menos relevantes a escala nacional, como Leopoldo Torres o el propio Felipe González. De modo que, junto a las garantías para una mejor defensa de los despedidos, el PSOE local estaba en condiciones de desplegar una eficaz labor proelitista entre los obreros de la factoría, suculenta cantera para las aspiraciones de un socialismo vallisoletano necesitado entonces de una mayor presencia social, política y sindical.

El mismo Peces Barba volvió a contribuir a ello por medio de un acontecimiento que, si bien hoy en día puede parecernos anecdóti-

co, en aquellos años revistió una importancia indudable por su impacto mediático.

Tuvo lugar el 28 de mayo de 1975, cuando militantes socialistas y obreros de FASA decidieron organizar junto a él una cena en el bar Tito's, después de que el gobernador prohibiera la conferencia que, organizada por el grupo de empresa de la factoría, tenía previsto impartir.

Como recuerda Pérez Solano, uno de los asistentes a la cena junto a Conde del Río, Colino, Tomás Rodríguez Bolaños y Cristina Agudo, entre otros, «la legislación franquista establecía que toda reunión de más de 20 asistentes era ilegal. En la cena éramos 21; así que entró la policía y nos detuvo».

La estancia en comisaría de Peces Barba y compañía apenas duró unas horas (todos fueron puestos en libertad provisional a las dos y media de la tarde del día siguiente); pero a causa, precisamente, de la detención del madrileño, el impacto mediático del hecho no se hizo esperar. Y contribuyó a dar más realce al aún incipiente PSOE vallisoletano.

JESÚS QUIJANO GONZÁLEZ  
EXDIPUTADO DEL PSOE

## GREGORIO EN EL RECUERDO



**S**ería a principios de los setenta cuando Gregorio Peces Barba cayó por Valladolid. Empezó a venir por asuntos judiciales y universitarios de la época, inseparables entonces de la tarea incipiente de reconstruir la estructura del PSOE, todavía clandestino. Una noche del mes de mayo de 1975, tras la suspensión gubernativa de una conferencia que le habíamos programado, nos reunimos a cenar un grupo de militantes y simpatizantes de entonces. Exactamente 20, el límite de la reunión ilegal, sobrepasado a los postres. Del restaurante fuimos conducidos a la comisaría y aquella noche compartida, llena de anécdotas hasta que al alba el juez nos puso en libertad provisional, dejó establecida una amistad imperecedera. Ocurrió que Gregorio encajó tan bien en nuestro grupo humano que se hizo uno más de entre nosotros.

Cuando se preparaban las candidaturas para las primeras elecciones democráticas de junio del 77 resultó perfectamente natural que se le propusiera como cabeza de la lista del PSOE por la provincia de Valladolid. Lo aceptó gustoso y su figura voluminosa y amable recaló por la capital y por los pueblos dejando a su paso un reguero de humanidad ilustrada en

aquel escenario inolvidable de la transición. Se integró en el paisaje de tal modo que incluso hizo suyas expresiones graciosas que captaba hablando con la gente. Todavía no hace mucho me respondió a alguna pregunta con un «¡no se qué le diga!», que decía haber oído por estos pagos.

Aprobada ya la Constitución de 1978, volvió a ser diputado por Valladolid en las elecciones generales de 1979 y en las de 1982, cuando fue promovido a la Presidencia del Congreso de los Diputados, hasta que, en 1986, al terminar la legislatura optó por retornar la cátedra universitaria desde la que asumió la tarea de poner en marcha la Universidad Carlos III de Madrid, probablemente la encomienda que desarrolló con más intensidad, y quizá también la que le dió más satisfacciones, junto con su destacada participación en la elaboración de la Constitución.

Tuve la inmensa fortuna de disfrutar de su amistad hasta el final. Y de cultivarla con frecuencia, porque aquella relación tan llena de afecto compartido ha permanecido incólume. En mi caso, la coincidencia en los orígenes del compromiso político, en las preferencias intelectuales, en la vocación universitaria y en la dedicación jurídica, no hacían más que añadir ingredientes a

un vínculo humano recíprocamente fortalecido. De él aprendí a valorar la dignidad de la política, la tolerancia y el respeto, que sabía hacer compatibles con la crítica cuando le parecía necesaria y justificada. Por eso podía, y sabía, alzar su voz autorizada frente a quien consideraba que lo merecía, asumiendo el riesgo de la incomodidad.

A muchos militantes socialistas de aquella época en Valladolid (a Tomás Rodríguez Bolaños, a Juan Colino, a Antonio Pérez Solano, a Paco Delgado, a Luisón, y a tantos otros) la definitiva ausencia de su singular humanidad nos dejará un hueco en el alma, fruto de la irreplicable experiencia del camino que recorrimos junto a Gregorio Peces Barba. Ya no podremos evidenciar expresamente las múltiples coincidencias en tantas cosas, ni la eterna discrepancia en la única que a algunos nos separaba de él, que era la pasión futbolística en distintas trincheras. También nos quedará la nostalgia de momentos festivos y felices, que fueron muchos. Y por encima de todo, el sentimiento agradecido de haber contribuido con él, y con su generosa aportación, a una causa noble que, con luces y sombras, representa una parte importante de lo mejor de nuestra historia personal y colectiva.